



La memoria en que me busquen en el río de Adelaida Fernández

Paola Andrea Castillo González

Estudiante de octavo semestre de Licenciatura en Español y Literatura
Universidad del Quindío

Introducción

Adelaida Fernández es una escritora y docente nacida en Cali, Valle del Cauca. La autora es licenciada en lenguas modernas de la Universidad del Valle y tiene una maestría en literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. *Que me busquen en el río*, su primera y única obra publicada hasta el momento y fue finalista del Concurso Nacional de Novela 2005 del Ministerio de Cultura.

Esta novela fue publicada en el año 2006 por la editorial La Serpiente Emplumada. Narra la historia de una maestra llamada Isabel, quien fue asignada a una escuela rural del municipio de Trujillo, Valle del Cauca. Para este momento, año 1990, Trujillo estaba atravesando una fuerte ola de violencia provocada por los paramilitares y el Ejército quienes intentaban acabar con el ELN. Esta profesora se ve forzada a dejar a su familia en la capital del departamento y quedarse de lunes a viernes en el pequeño municipio donde trabaja. Al vivir la mayor parte del tiem-

po en Trujillo, este personaje debe presenciar los estragos de la violencia: los asesinatos, los secuestros, las mutilaciones, el temor de decir algo equivocado a la persona equivocada, y demás tragedias que debieron soportar los habitantes de este pueblo. Su papel de profesora en la única escuela cercana, le da una posición estratégica para enterarse de todo lo que pasa en Trujillo, de los secretos que todos saben pero que nadie se atreve a decir en voz alta. Agotada por la angustia de sentir que su vida corre peligro, Isabel decide pagarle a un colega de Cali para que intercambien ubicación laboral.

Aunque la novela tiene como trasfondo histórico la violencia en Trujillo, la autora no pretende reconstruir dicha historia, pues de eso se encargaron los periódicos y noticieros de la época; el objetivo real es contar memorias, contar las historias de las víctimas, los rumores que circulaban por este pueblo, y los pequeños episodios que nunca abandonarán la mente:

El cadáver fue pasando, cuan humano era pero sin cabeza, ni manos ni pies ni ropa. Qué será, dijimos, ¿hombre o mujer? ¡Lo castraron! Es hombre. Era. ¿Quién será? ¿Cómo es el padre? Alto y moreno. Entonces no es él. Profesora, todos los ahogados son del mismo color... blanquecinos (Fernández, 2006: 37).

1. La autobiografía y la memoria

Esta obra tiene cierto contenido autobiográfico; sin embargo, para definirla como una novela autobiográfica es necesario verificar si cumple con lo que Jean Philippe Miraux (2005: 19) llama el “pacto autobiográfico”, según el cual para que haya autobiografía es fundamental que exista identidad entre el autor, el narrador y el personaje principal. La novela de Fernández es narrada en primera persona: “Yo no caí en cuenta” (Fernández, 2006: 7), lo que crea instantáneamente una corresponden-

cia entre el narrador y el personaje principal, según dice Miraux (2005: 21). En lo que respecta a la identidad entre el personaje principal y la autora, se podría presumir que hay ciertas similitudes entre Adelaida Fernández e Isabel, pues ambas ejercieron la docencia en el Valle del Cauca durante los años noventa, y ambas tienen un esposo y una hija; no obstante, es imposible verificar que todos los hechos narrados en la novela correspondan a experiencias vividas por la autora, por lo que no se podría asumir este relato como ciento por ciento autobiográfico.

También es prudente precisar que, aunque la autora trató de recrear el contexto socio-político de la época a través de las historias de sus personajes, no necesariamente todos los datos son verídicos; sería un ejercicio de lectura ingenuo si se creyera que esta novela cuenta toda la verdad sobre la violencia en Trujillo y sobre la misma autora. La obra de Fernández cumple con lo que Miraux (2005: 23) llama el “pacto referencial”, que consiste en expresar la verdad, pero no la verdad del mundo real, sino la verdad del texto, pues sería imposible verificar y registrar con exactitud cada minuto. La autora ofrece algunos hechos que pueden ser verificados históricamente, como el asesinato de Carlos Pizarro en 1990: “Mataron a Pizarro [...] Hago el registro en el almanaque de mi memoria, fecha, hora olvidaré pero nunca el año: mil novecientos noventa” (Fernández, 2006: 62), y el rapto y asesinato del cura Tiberio Fernández, de su sobrina Alba Giraldo, del arquitecto Oscar Pulido y de su chofer José Norbey Galeano: “Se llevaron al padre Tiberio. ¿Cuándo? El diecisiete de abril [...] viajaba con una sobrina, con el arquitecto y el chofer, y ninguno llegó [...] el arquitecto se llama Oscar Pulido” (Fernández, 2006: 28); e incluso denuncia a los autores de esta serie de homicidios, Don Diego y Henry Loaiza: “Incluso pueden sospechar de quién se trata, los acompañantes lo nombran, Don Henry para arriba y Don Henry para abajo” (Fernández, 2006: 174). Además de los hechos verificables, la autora también relata otros aconteci-

mientos que, aunque no pueden ser confirmados, como la visita del mago Quintín (2006: 34) y el trasteo de la rectora al comodato del colegio (2006: 49), son parte de la verdad del texto y no vale la pena cuestionar su veracidad. Si la escritora hubiese tenido la intención de reconstruir la historia real habría recurrido a reportajes policiales o a los diarios de la época, pero en cambio optó por prestarle su voz a sus personajes, a los habitantes de Trujillo, para recrear lo que en Colombia se denomina “chismes de pueblo”, decidió no contar historia, sino contar memoria, contar huellas e interpretaciones:

La historia, primer elemento, tiene una pretensión objetivadora y distante frente al pasado, que le permite atenuar ‘la exclusividad de las memorias particulares’. Diluye éstas, o así lo pretende, en un relato común. La memoria¹, por el contrario, tiene un sesgo militante, resalta la pluralidad de los relatos. Inscribe, almacena u omite, y a diferencia de la historia es la fuerza, la presencia viva del pasado en el presente. La memoria requiere del apoyo de la historia, pero no se interesa tanto por el acontecimiento, la narración de los hechos (o su reconstrucción) como dato fijo, sino por las huellas de la experiencia vivida, su interpretación, su sentido o su marca a través del tiempo... (Sánchez, 2006: 23).

Esta novela no es un libro de historia frío y rígido como el acero, es un entrelazado de voces y memorias. Es una historia selectiva que almacena y omite, que deja ver las huellas y las interpretaciones que surgieron a partir de la violencia. La autora intentó darle lugar en su novela a la pluralidad de relatos que surgieron entre los habitantes del pueblo, a esos retazos de memorias que al juntarse no reconstruyen la historia de la violencia en Trujillo, sino que conforman una huella latente del pasado en el presente. La autora no cuenta mucho de su propia experiencia con episodios violentos, se

centra más en contar vivencias y reflexiones cotidianas que residen en su memoria y que son históricamente inverificables, que ni siquiera se podrían atribuir con total certeza a Adelaida Fernández, como la alegría de llegar en las noches a casa y reunirse con su familia (2006: 82), y su opinión sobre algunos adagios populares como el de el granito de arena (2006: 92).

Biruté Ciplijauskaitė (1994: 18) señala que el nuevo enfoque de la autobiografía femenina consiste en dejar de lado las vivencias objetivas, o el reflejo de la realidad, para darle favoritismo a la vivencia subjetiva (y sin duda esto es lo que le interesa a Fernández, la memoria y no la historia). Por su parte, Franco, Nieto y Rincón (2010: 12) mencionan que cada actor de la violencia (victimario, víctima, testigo, etc.) tiene su propia historia y busca los canales para legitimar la situación que vivió y las razones que lo llevaron a actuar de determinada manera. Esta novela no cuenta la historia de la violencia en Trujillo, cuenta las situaciones que debió presenciar una maestra atrapada en el conflicto y las razones que la llevaron a tomar una decisión posiblemente reprochable:

Otros parecen sospechar cosas, que abandono el barco, que tengo una desesperación atolondrada, que pude haberme tomado unos días para irme, dejo las cosas empezadas, debería darme vergüenza, egoísta, ¿sabe qué profesora?, no hable tanta mierda y váyase de una vez. Sí señor, mejor me callo, ¡suerte para todos! Me voy con un peso en la conciencia pero ella se descarga con el tiempo que todo lo cura, adiós, adiós, adiós (Fernández, 2006: 208).

Esta historia es contada desde el interior, desde la memoria, habla sobre el conflicto, no el conflicto armado, sino el conflicto que debe enfrentar una docente cuando al elegir entre su labor y su bienestar. Giobanna Buenahora en su ensayo “Que me busquen en el río: el libro de una historia sin fin”, concuerda en que

¹ La cursiva ha sido agregada en este ensayo

esta es una novela narrada desde el interior: “La narradora habla desde su interioridad; lo que se posiciona es el conflicto entre su ética docente y el temor ante la muerte, su muerte y la de sus amigos. Porque la verdad está en el drama individual y no fuera de él” (Buenahora, 2007: 2).

2. Soy repetidora...

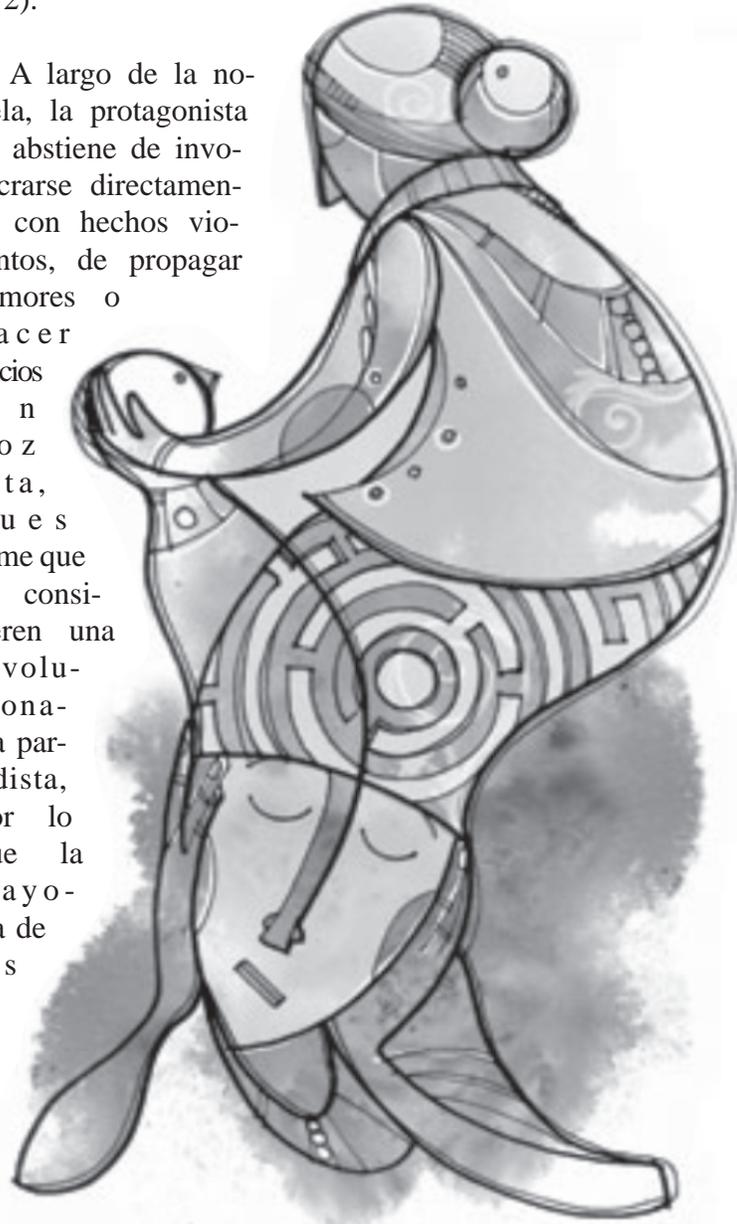
Se puede decir que la novela de Fernández es una novela polifónica fundamentada en la intertextualidad, la cual se define como “una relación de copresencia entre dos o más textos, es decir, eidéticamente y frecuentemente, como la presencia efectiva de un texto en otro” (Genette, 1989: 10).

Constantemente la voz narradora recurre a la evocación de voces ajenas, ya sean de personajes internos o externos a la novela, haciendo que ésta se perciba como un tejido colorido y artesanal, un tejido compuesto de canciones, testimonios y adagios populares que pueden provocar risa, nostalgia o sorpresa. La autora apela constantemente a la intertextualidad en forma de alusión, definida por Genette como “un enunciado cuya plena comprensión supone la percepción de su relación con otro enunciado al que remite necesariamente tal o cual de sus inflexiones, no perceptible de otro modo” (Genette, 1989: 10). Y es por esto que, esporádicamente, se repiten fragmentos de canciones o de novelas sin recurrir a comillas ni especificar su referencia, sino con simples cursivas: “se queda plantada en dirección a mí, fijos esos ojos, dos escarabajos de cristal negro” (Fernández, 2006: 11), confiando en que el lector logre establecer la relación que existe con otros textos y así construir el significado global de la obra.

Las letras de canciones populares inmersas en la novela le dan un toque pintoresco y casi nostálgico; se inicia en el epígrafe con un fragmento de la letra de la canción “Desapariciones” escrita e interpretada por Rubén Blades,

y después continúan apareciendo fragmentos de canciones tristes y desesperanzadas, como “Margaritas”, de Gabino Coria Peñaloza, “Nueve años de soledad”, de Darío Gómez, y “Dos corazones”, de Galy Galeano. Pero una canción es citada con especial sentimiento, “Fina estampa” de Chabuca Granda: “Carlos Pizarro, bella flor, Caballero de fina estampa, un lucero que sonriera bajo un sombrero más hermoso ni más luciera, caballero, te dedico esta canción póstumamente” (Fernández, 2006: 63), dejando entrever un ápice de la personalidad idealista y casi apasionada del personaje principal: “profeso simpatías en la más absoluta privacidad y no por partidos ni por grupos que siempre convergen en lo mismo, sino por personas o por ideas, lo confieso: soy idealista” (Fernández, 2006: 172).

A largo de la novela, la protagonista se abstiene de involucrarse directamente con hechos violentos, de propagar rumores o hacer juicios en voz alta, pues teme que la consideren una revolucionaria partidista, por lo que la mayoría de las



anécdotas o los episodios violentos son contados por personajes secundarios:

El profesor tiene cómo ilustrarnos [...] nos dice que la historia, contada por un empleado de obras públicas que salió vivo de milagro, es como sigue: El tipo trabaja supervisando obreros, en esas estaba el veintinueve de marzo, habían ido a echarle balastro a la vía, cuando de pronto empezaron a darles bala” (Fernández, 2006: 33).

La voz narradora se convierte en un eco, presta su voz y repite los testimonios de quienes tienen algo que contar, pero se abstiene de expresar sus opiniones en voz alta: “El eco humano no debe extenderse tanto porque vulnera el eco cuya característica es decir poco, recibir y devolver, nada de enredar la pita, en el eco no caben suspicacias. Así que soy repetidora” (Fernández, 2006: 78-79).

3. Conclusión

Que me busquen en el río es una novela fascinante; la cual, aunque es una autobiografía enmarcada en la violencia colombiana, no busca reconstruir un hecho histórico, sino que pretende entrelazar fragmentos de memorias. Busca resaltar la pluralidad de los relatos, lo omitido y lo almacenado, la presencia y la huella viva del pasado en el presente, su sentido y su trascendencia. La autora no tuvo ni un ápice de egoísmo, le sirvió de memoria a toda una historia, a toda una nación, pues la violencia colombiana no hace distinción de pueblos o ciudades, la huella en toda la patria tiene más o menos la misma forma: “El pasado de otros se asimila a mis recuerdos, cuál es la diferencia entre los dos pretéritos, ambos están en mi memoria, yo soy más vieja de lo que soy, tengo más o menos ciento cincuenta años... un momento, me equivoco: tengo quinientos, tengo mil” (Fernández, 2006: 61).

Bibliografía

Buenahora, Giobanna (2007). “Que me busquen en el río: el libro de una historia sin fin”. Poligramas, (27), 2.

Ciplijauskaitė, Biruté (1994). La novela femenina contemporánea (1970-1985): hacia una tipología de la narración en primera persona. Barcelona: Anthropos.

Fernández, Adelaida (2006). Que me busquen en el río. Bogotá: Editorial la Serpiente Emplumada.

Franco, Natalia; Nieto, Patricia y Rincón, Omar (2010). Tácticas y estrategias para contar: historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.

Genette, Gérard (1989). Palimpsestos. La literatura en segundo grado. Madrid: Taurus.

Miroux, Jean-Philippe (2005). La autobiografía: Las escrituras del yo. Tucumán: Ediciones Nueva Visión.

Sánchez, Gonzalo (2006). Guerras, memoria e historia. Medellín: La Carreta Histórica.